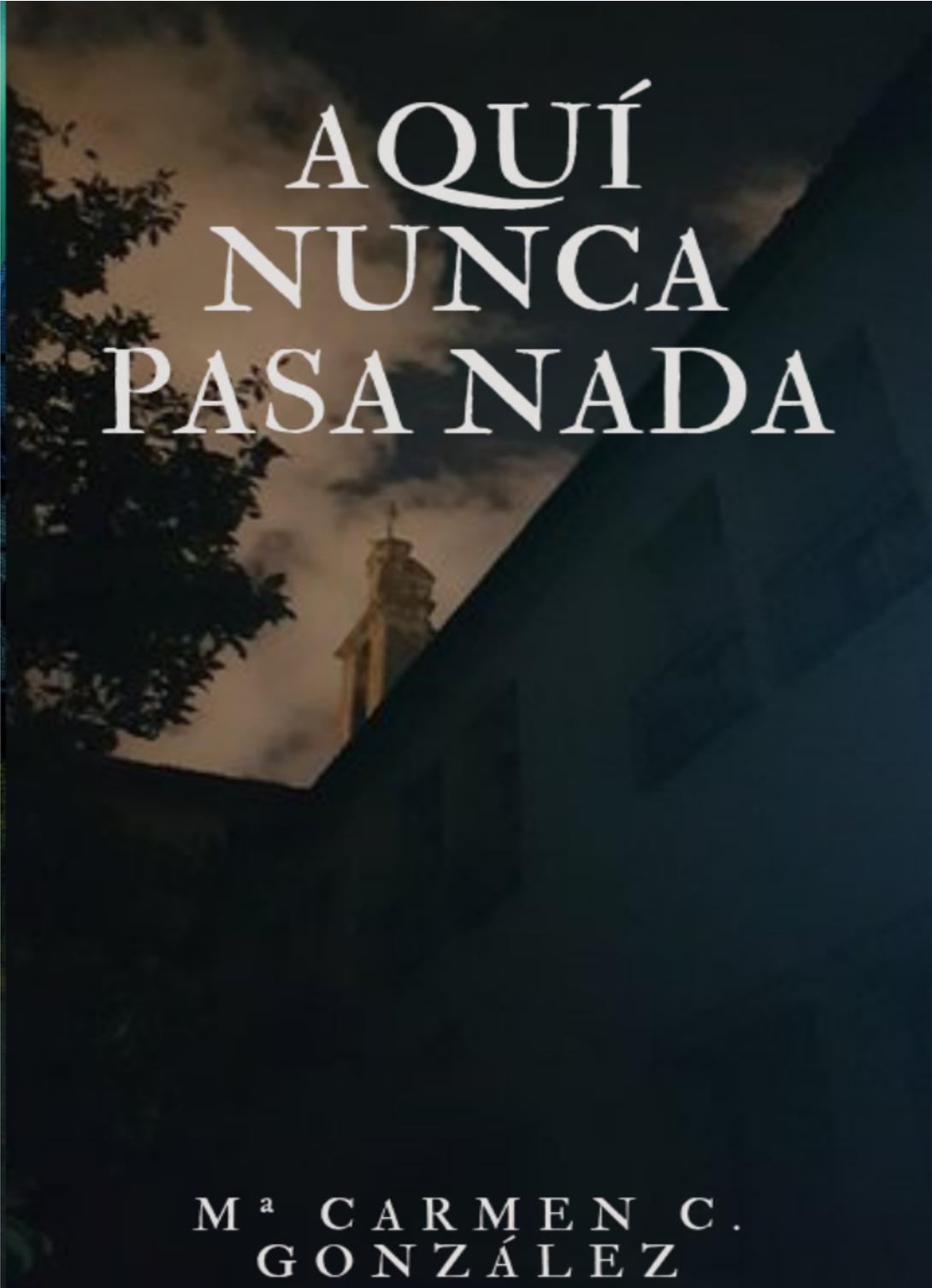


Aquí no pasa nada

Muffin Adorable



AQUÍ
NUNCA
PASA NADA

M^a CARMEN C.
GONZÁLEZ

Capítulo 1

El inspector de la Policía Nacional Cipriano Cruz Soto salió a la sala de espera a recoger a los testigos. Su voz de tenor interrumpió el corrillo de susurros:

—¡Siguiente!

Ninguno de ellos se movió. Formaban un grupo de lo más variopinto: el más joven tendría veinte años y la mayor, veinticinco. Tres chicos y dos chicas. Uno de ellos, el de la piel más morena, pelo muy corto y gafas, bizqueó. Como si fuera una señal convenida, una de las chicas dio un paso al frente y se dirigió al policía:

—¿Podemos entrar todos juntos?

Cipriano no dejó que su sentimiento de contrariedad se reflejase en su rostro. Se mantuvo impertérrito.

—No. Cuando acabéis, esperad fuera al resto. ¿Alguien quiere ser el primero o elijo yo?

Los chicos se miraron entre sí, cerrando el círculo. La otra chica que aún no había hablado rompió filas tras un asentimiento general.

—Voy yo —Cipriano detectó un leve matiz latino en su acento. Muy sutil. El policía le ofreció asiento frente a él, con el escritorio entre ambos. Un biombo separaba el espacio que tenía asignado del resto de compañeros. Hasta tres personas podían estar tomando declaración a sus respectivos testigos. La atención de la chica recorrió las paredes blancas con la técnica del gotelé decoradas con símbolos que representaban al cuerpo de policía. A las espaldas de Cipriano pendía un mapa de la provincia cordobesa, con sus relieves marcados y los nombres de cada pueblo y la capital destacados. La mampara no acallaba las voces del resto de personas con quienes compartían sala, aunque sí las amortiguaba.

Cipriano movió el ratón del ordenador para preparar el documento y le cedió la palabra. A continuación, sin dejar de mirar a los ojos de la testigo, tomaría nota de su declaración. Y lo haría sin cometer ni un solo fallo, porque había repetido esa operación hasta la saciedad y lo repetiría con cada miembro del grupo que se había presentado en la comisaría:

—Como habíamos terminado los exámenes finales —empezó ella. Carita redonda, gafas, gesto serio —Para celebrarlo, nos apuntamos a los paseos nocturnos que hacen por la ciudad hablando de leyendas e historias de fantasmas —su voz se quebró justo en esa última palabra. Tragó saliva.

—Todo iba normal —dijo el chico del bizqueo cuando, al llegar su turno, continuó con el relato de los hechos —. Hasta que llegamos a la calle esta que es una cuesta hacia arriba, pero con escaleras que ocupan toda la calle.

—La Cuesta del Bailio —apuntó la otra chica cuando pasó a declarar.

Vestía colores claros y veraniegos, lo que le daba un aspecto aún más delicado que el de su complexión —Que al final está la iglesia de la Paz y Esperanza —se impacientó cuando vio que Cipriano no abría la boca. Se le escapó una risita nerviosa y cantarina —El guía nos llevó hasta el Cristo de los Faroles, que está junto a la iglesia esa.

El policía asintió, combinando su declaración con la del siguiente muchacho, con la barba definida que no conseguía cubrir la inocencia de sus facciones.

—Pues allí nos contaron que un señor le rezó al cristo antes de ir a una guerra... —se interrumpió bruscamente —¡Ay, no! ¿Fue una guerra...?

—¡Hizo una promesa! —resolvió la duda el último testigo. Un chico pelirrojo con los ojos imposiblemente claros —Unos maleantes lo atracaron y la gente le dio por muerto. Pero no murió —negó con el dedo índice levantado —Regresó para cumplir con su promesa y la gente pensó, ¿eh?, que era un fantasma. Pero no lo era porque estaba vivo.

—Después de contarnos la leyenda —resumió la primera chica —nos dirigimos al siguiente punto y cuando íbamos a bajar por las escaleras para seguir con el paseo...

—Apareció —el chico moreno gesticuló varias veces antes de continuar —“eso”. De la nada, porque aparte de nosotros, en esa plaza no había nadie más.

—Se nos acercó y todos nos quedamos en silencio. Hasta el guía. Entonces el tío encapuchado se acercó, atravesó a uno de los que estaban en el grupo del paseo y desapareció —la tercera testigo se encogió de hombros y frunció los labios un poco, ladeando la cabeza.

—El hombre al que atravesó gritó... —el chico de la barba sacudió la mano arriba y abajo con energía.

—Y cayó al suelo redondo, ¿sabe? El guía fue a ver qué pasaba y yo les dije a mis amigos: “ustedes apartense porque no dejamos respirar al caballero”. Y eso fue lo que pasó. Bueno, vino la ambulancia —recordó el pelirrojo —, se lo llevó y entonces sí, eso fue lo que pasó.

Cipriano se recostó en la silla con la historia plasmada en el procesador de textos después de haber despedido al grupo de amigos. Un compañero le trajo el informe forense del hombre que había muerto de súbito durante el paseo guiado. Lo leyó con calma, pero de cuando en cuando, desviaba la vista hacia la pantalla del ordenador. El puntero titilaba en forma de “I” latina y mayúscula sobre la frase resaltada.

«(...) atravesó a uno de los que estaban en el grupo del paseo y desapareció.»

¿De qué le quería sonar aquello?